

DOMINGO 30 de marzo. 4° DE CUARESMA

«Tu perdón, nuestra esperanza»

- **Josué 5, 9a.10-12.** “El pueblo de Dios, tras entrar en la tierra prometida, celebra la Pascua”
- **Salmo 33.** “Gustad y ved qué bueno es el Señor”
- **2 Corintios 5,17-21.** “Dios nos reconcilió consigo por medio de Cristo”
- **Lucas 15, 1.11-32.** “Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido”



INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

ESPÍRITU SANTO (Athenas)

Espíritu de Dios, Espíritu Santo. (2)
 Mi alma tiene sed de Ti, mi alma tiene sed. (2)
 Espíritu Santo ven a arder,
 derrama tu fuego y tu poder,
 actúa en mí. (3)
 Estas derramando la unción aquí (4)



LECTURA: Lucas 13, 1-9

Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió

de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. Él le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

El itinerario cuaresmal en este año litúrgico (ciclo C) enfatiza la **revelación de la misericordia de Dios**, la cual suscita en nosotros la conversión atrayéndonos al mismo "Dios", que "es amor". Jesús es el intérprete de esta misericordia infinita de Dios.

Esto es lo que hoy, de manera eminente, apreciamos en la página de las parábolas de la misericordia en Lucas 15.

1.El contexto: Lucas 15,1-2

Al principio del capítulo 15, el narrador de Lucas cuenta que los recaudadores de impuestos, esto es, esa gente que era considerada como manifiestamente pecadora, como gente extravagante y perdida, venían donde Jesús para escucharlo.

«Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo». (15,1), dice el narrador de Lucas.

Una primera pregunta que cualquier lector puede hacerse es: ¿Por qué estas personas de vida disipada se sentían tan atraídas por Jesús, y en cambio huían de los sacerdotes y de los fieles practicantes como los fariseos y los maestros de la Ley?

Porque sentían que sus pastores no los buscaban, no los amaban, sino que los juzgaban y despreciaban.

Jesús, en cambio, tenía otra mirada: cuando veía a un pecador público, lo consideraba, ante todo como persona, como uno entre tantos (¡todos somos pecadores!). Al fin y al cabo, se trataba de pecadores públicos, que obraban de forma abierta, evidente, sin hipocresía ni pretensión, aunque fuera para el mal. Los fariseos también pecaban, pero a escondidas, y se atrevían a juzgar.

Ser pecador público es doble dolor: el pecado en sí y el señalamiento.

Ante ellos Jesús sentía compasión: **no juzgaba a quien tenía delante, no lo condenaba**, sino que **iba a buscarlo** allí donde estaba, en su pecado, para ofrecerle una cálida relación, para



ganar su confianza, la posibilidad de caminar juntos, de escucharse mutuamente, sin prejuicios mutuos (como lo hará con Zaqueo en Lucas 19,10).

Tenemos, entonces, como primer dato, que los pecadores huían de la comunidad judía y acudían más bien donde Jesús. Este hecho escandalizó a los religiosos de oficio, quienes "murmuraban diciendo: «¡Ese acoge a los pecadores y come con ellos!» (15,2).

La queja se hace sentir. Más aún, se expresa, no abiertamente, sino en forma de "murmuración".

Pero Jesús lo capta. Y responde a sus detractores. No lo hace con violencia. Responde con parábolas, con historias de vida que confrontan al oyente.

Tres parábolas de seguido, para ser exactos: la de la oveja perdida (15,4-7), la de la moneda perdida (15,8-10), y la del Padre misericordioso, en la que ahora nos detenemos (15,11-32).

Esta tercera parábola es la historia de dos hijos perdidos que tienen un padre que, ante la agresión sufrida, se comporta de una forma inaudita, como un padre pródigo de amor.

Te invito a que me acompañes en el subrayado de apenas algunos detalles. Al fin y al cabo, la parábola habla por sí misma. A cada lector le queda la tarea de releerla a partir de su experiencia, de su propia historia. Y, sobre todo, de aportarle la conclusión.

2. La parábola del Padre misericordioso: Lucas 15,11-32

a) *Introducción: "Un hombre tenía dos hijos..." (15,11)*

Jesús cuenta la historia de una familia que, como todas las familias de la tierra, no es ideal, no está exenta de algún sufrimiento o "irregularidad" en las relaciones.

Esta familia está conformada por un padre. No se menciona la madre (¿está muerta o tal vez ausente?). Cuenta con dos hijos, ambos nacidos y criados en el mismo entorno, pero que al crecer toman caminos distintos, llegan a desenlaces formalmente diferentes, contrapuestos.

El hijo más joven decide irse y pide la herencia: «Padre, dame la parte que me toca de la fortuna» (15,12).

Atención, el padre de esta parábola aparece desde el principio como uno que es distinto de los padres terrenales, porque ante la petición del hijo menor de recibir la herencia por adelantado (¡por eso, de alguna manera, el hijo lo quiere ya muerto!), él responde dejándolo proceder, sin amonestarlo, sin contradecirlo, sin advertirle las consecuencias.

¿Existe padre así entre nosotros? ;Probablemente no!

De esta manera la parábola enseguida nos traslada a otro plano, un plano superior, nos lleva a ver en este padre al Padre, es decir, a **Dios mismo, el único que nos deja libres** ante el mal que queremos hacer, que no nos detiene, sino que calla, permitiéndonos -aunque le duele- distanciarnos de él.

¿Por qué procede así? Porque **Dios respeta nuestra autonomía y nuestra libertad**. Nos dio educación a través de la Ley y los Profetas, pero luego nos deja libres para decidir cómo proceder.

Es en este contexto que el padre de la parábola reparte la herencia entre los dos hijos. Es más, el texto griego dice literalmente: “les repartió la vida”, su vida.

Y notemos también el plural: “les repartió”. No sólo le dio la herencia al menor, también se la dio al mayor. Sobre esto volveremos al final.

Por lo pronto, la parábola se enfoca en su primera parte en el hijo menor.

b) La historia de ida y vuelta del hermano menor: Lucas 15,13-24

El hijo menor exige, reclama, fuerza la mano del padre. Y el Padre responde de manera sorprendente: lo vemos inactivo, casi ausente, por respeto a la libertad del hijo. Lo deja partir respetando su libertad y mostrándole su gratuidad, su amor fiel.

Y sigue la historia: «Juntando todo lo suyo se marchó...» (15,13).

El hijo sale por fin de esa casa que le parecía una prisión, de la mirada de ese padre que sentía más como un espía, de ese espacio que tenía que compartir con su padre y con su hermano mayor, pero que era un espacio que no sentía propio.

Apenas se va se lo gasta todo en fiestas con amigos, juegos, prostitutas, dilapidando y perdiendo el dinero (15,13-14).

No sólo se queda con el bolsillo vacío, resulta que la situación aprieta por una hambruna que asola la región. Entonces tiene que buscar trabajo. Termina en el peor lugar, como cuidador de cerdos, que para los judíos son animales impuros, despreciables. Para él es repugnante, pero todo por la sobrevivencia. Allí se siente explotado: no le dan comida, tienen prioridad los cerdos (15,16).

Jesús, quien es el narrador, subraya la frase: «empezó él a pasar necesidad» (15,14). A él le falta algo, y **la falta de algo es siempre capaz de suscitar interrogantes**.

Y es en medio de esta desolación que empieza a comprender mejor adónde puede ir.

¿Qué le faltaba? Ciertamente el dinero gastado, también el alimento para vivir, pero también le hacía falta alguien cercano, alguien que lo alimentara. El texto dice «nadie le daba nada» (15,16). Y resuena la palabra: “¡Nadie!”, “Nadie se las daba”.

La carencia es total. Esta desolación saca a flote esa necesidad de reconocimiento y de atención que tiene todo ser humano. Necesitamos de otros, y cuando esos otros desaparecen del horizonte, uno se queda desolado. Sin los otros se camina, se entra, en la soledad de la muerte.

«Recapitando entonces...» (15,17).

Sumido en condición degradada, igual o peor que la de los animales, el joven comienza a tomar conciencia de su propia situación: “Entró en sí mismo” (15,17). No se puede hablar

todavía de conversión, pero hay un primer paso: las ganas de decir “¡basta!” con esta situación de hambre, soledad, desolación.

Escuchamos sus pensamientos. Piensa cómo podría volver atrás, recuperar parte de condición de antes en su casa. Piensa en cómo convencer a su padre para que le dé al menos algo de comer: será un sirviente y así asegurará su alimento; mejor en casa como sirviente, que aquí como cerdo. Lo que tiene en mente es la condición de los sirvientes que tuvo en su casa.

Conocemos el libreto que prepara para aplacar la posible ira de su padre y ser readmitido en la casa: «Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros» (15,18).

Hay una ironía. Aún cuando habla de “pecado” contra su padre, lo que lo mueve no es el amor a su padre, sino sólo el interés personal. Lo que le duele en principio es el estómago, no su padre.

Y es en este punto que se da el giro de parábola. Ocurre lo inesperado.

Comienza un viaje lleno de sorpresas, el trecho luminoso, mucho más importante que el tenebroso de la ida.

Por fin el hijo **llega a conocer a su padre de una forma diferente** a como lo había conocido cuando vivía con él.

Es importante notar en la parábola dónde se sitúa el punto de vista. El hijo menor piensa que su padre le va a hacer rendir cuentas por sus fechorías. En cambio, se encuentra con un padre que corre a su encuentro movido por ese estremecimiento en su interior que la Biblia llama “**misericordia**” (15,20).

Conocíamos el libreto del hijo, ¿verdad? Ahora podemos notar que el padre no le deja decir todo completo (15,21). **Le admite el reconocimiento del pecado, pero no la penitencia que él quiere ponerse a sí mismo.** Es el padre quien decide lo que va a hacer con él. No lo trata como esclavo, sino como hijo.

Él va con la idea de asumir el error convirtiéndose en esclavo. En cambio, el padre lo viste con la ropa de hijo, **le devuelve la dignidad** que le corresponde (15,22).

El que viene a ponerse a los pies de su padre como un penitente, resulta buscado, abrazado, besado, con vestido de hijo, con anillo y sandalias.

Todo indica que el padre no examina si el hijo viene con verdadero arrepentimiento. Simplemente lo recibe de brazos abiertos. No lo deja hablar, lo abraza con fuerza, le impide los gestos penitenciales y expiatorios, y así le muestra su perdón gratuito.

Y la cosa va más lejos. El hijo venía dispuesto a llorar y humillarse, y en cambio es su padre quien le prepara un banquete de fiesta haciendo matar el ternero cebado (15,23).

Sí, este padre era diferente de como lo había conocido su hijo menor cuando estuvo antes en la casa de la que había huido. Es como si este descubrimiento lo resucitara, lo pusiera de



nuevo en pie, le diera la posibilidad de una nueva vida en comunión con un padre que no hace sino amarlos.

La parábola podría terminar con la frase «Y empezaron a celebrar el banquete» (15,24). Este podría ser el final feliz de la historia. El hijo menor ha hecho la experiencia del rostro del Padre, rostro de misericordia, amor fiel que nunca falla, **amor que no se acaba a pesar del pecado**.

Pero no, la parábola no termina aquí, falta lo más importante. Esta parábola es una secuela, le falta un episodio.

c) *La historia del hermano mayor: Lucas 15,25-32*

Recordemos qué fue lo que llevó a Jesús a contar esta parábola: la crítica despiadada de los escribas y fariseos, autoridades religiosas, por su trato con publicanos y pecadores (15,1-2).

Como el hijo menor, los pecadores eran invitados a conocer el verdadero rostro de Dios y por tanto a sentirse perdonados hasta la conversión. Ellos se parecen al hijo de la primera parte de la parábola.

Pero ante Jesús estaban también los justos, o más bien los que se creían justos y buenos, y desde esa posición se consideraban autorizados para criticar. Para ellos es la última parte de la parábola. Se parecen al hijo mayor que permaneció fiel en casa y que critica al padre por la manera como recibe a su hermano disipado que ha regresado.

Retomemos la parábola. Entra en escena el hijo mayor, el que asume una actitud arrogante y de incompreensión ante el comportamiento misericordioso del padre (15,25-32).

Aparece regresando del campo donde estaba trabajando. A la distancia escucha la música que proviene de la casa y pregunta por la razón. Un criado le explica cómo han ido las cosas: «Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud» (15,27).

Entonces se pone rabioso y decide no participar en una fiesta que considera injusta.

Se queda fuera, y es **el padre el que vuelve a salir, por segunda vez**, esta vez al encuentro del hermano mayor.

Le ruega que entre para compartir la alegría de su hermano que estaba como muerto, pero que ahora es un hombre nuevo.

Pero es inútil. Las palabras de su padre lo irritan todavía más. Se refiere a su hermano con desprecio: “Este hijo tuyo...”. Y hace un parangón entre la manera como los trata a cada uno por separado.

Sigue pensando en que es una injusticia, porque a él que se ha portado bien, que no para de trabajar en la hacienda, no le han dado ni un cabrito para divertirse con sus amigos. En cambio, el padre manda a matar para su hermano sinvergüenza el ternero cebado, para ese que devoró la fortuna con meretrices (15,30).

En pocas palabras: ¿Cuándo fue celebrado alguna vez el que permaneció obediente y fiel al lado de su padre? ¿Por qué al que se porta mal le hace fiesta? No es justo.

Cualquier lector se da cuenta de que se trata de una excusa ridícula, infantil. Es claro que el mayor, a pesar de haber permanecido cerca de su padre, en realidad no lo conocía, tampoco él. Siempre había estado en casa en obediencia, pero en realidad su corazón estaba en otro lado, ausente. **Nunca había leído el corazón de su padre**, nunca había confiado en él y no había aprendido nada de él. ¿Por eso lo recrimina!

Y el Padre le hace la revelación: “Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo...” (15,31). Es como si le dijera: “Podías llevarte libremente un cabrito para hacer fiesta con tus amigos, al fin y al cabo todos son tuyos. ¿Por qué no lo hiciste?”.

Y el padre explica finalmente el por qué de su comportamiento inaudito: «era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado» (15,32).

En pocas palabras, porque **el corazón de un padre no soporta pérdidas**. Por eso está tan contento.

Este es un padre que ama la libertad de los hijos, que la provoca, la espera, la festeja, la sufre. Un Padre que corre al encuentro de los dos hijos porque **tiene prisa en sanar sus corazones**, cambiar los dolores por abrazos, de llenar el vacío de sus corazones. Había perdido los dos. Para él perder un hijo es una pérdida infinita.

Y no sabemos cuál fue la respuesta última del hermano mayor. Esta es una historia abierta. Quedan los puntos suspensivos para que cada lector le agregue la conclusión. Es el efecto de la parábola: **¿Qué responderías tú?**



3.La lección

El trasfondo de la historia es el de dos hijos que tienen mala relación con su padre. Eso los dos lo tienen en común. Ninguno de los dos parece conocerlo realmente. Con rabia uno se va y el otro, al que se le dedica la segunda parte, se queda.

En el centro está el padre inicialmente incomprendido y finalmente revelado. **Esta es la parábola del amor frustrado de un padre que amó hasta el extremo** (Jn 13, 1), que se dio de manera total y gratuita. Y a quien, en cambio, sus propios hijos veían más como un patrón. Ambos sufrían de la misma carencia. Y por eso ambos se le rebelan, se comportan como contestatarios.

Es lo que también ocurre cuando el Padre es Dios. Sobre él proyectamos nuestras imágenes y nuestra idea de la justicia. Y esta se vuelve objeto de reclamaciones. Le ponemos objeciones a Dios.

De la misma forma ocurre a veces en las relaciones entre padres e hijos de este mundo, incluso al interior de las comunidades cristianas.

El objetivo de esta parábola es hacernos cambiar la imagen que tenemos de Dios. Llevarnos a conocer a ese Padre revelado por Jesús en sus enseñanzas, en sus oraciones, pero sobre todo con su comportamiento. Jesús narra con su

praxis de acogida de los pecadores, considerada escandaloso por los fariseos, cómo es el corazón del Padre Dios. Y esta revelación de Dios le va a costar la vida.

Pues sí, lo que marca la diferencia es que **el amor del Padre Dios nos desborda**, nos precede, está siempre en acción, no se deja encajar en nuestras medidas angostas y mezquinas, no se

contradice a sí mismo, es fiel y misericordioso. Este es un padre que no echa en cara, sino que simplemente ama y de qué manera. **¿Y nuestro amor, cómo es?**

Como les ocurre a los dos hermanos, en realidad no conocemos el amor del Padre, no entendemos su corazón.

¿Cómo es ese corazón del Padre? Cuando vuelve el menor, el padre no se conforma con vestirlo y alimentarlo, quiere para él una fiesta con lo mejor de la casa, quiere restituirle toda su dignidad y autoridad como antes: ¡ponedle el anillo en el dedo! No hay reproches, ni remordimientos, ni reclamos, ni acusaciones.

El Padre que también sale a buscar al hijo mayor que se siente infeliz, que tiene más corazón de esclavo que de hijo. Le explica, le insiste.

Frente a esa misericordia del Padre, hay un llamado a la conversión.

La conversión es para los dos hermanos, tanto para el que se fue como para el que se quedó.

El menor regresó más por conveniencia. Pero el padre lo sorprendió. Y ¿qué pasó después de la manera como lo recibió el Padre y le mostró la grandeza de su amor?

Con el hermano mayor también queda algo pendiente, queda la tarea de no volver decirle a su padre: "este es tu hijo", como quien se hace a un lado; sino más bien: "Este es mi hermano", por tanto, "contigo yo lo abrazo".

Es una tarea que nos espera a todos, todos los días.

Afirmar que una persona sea hija de Dios es fácil, y todos los creyentes lo hacen, porque es la doctrina correcta. Sin embargo, es más complicado decir que esa persona que ha pecado siga siendo "mi hermana". Pero esta es precisamente la tarea.

Dios, el Padre, se sale de la fiesta para venir donde cada uno de nosotros y nos suplica: "Di que esa persona es tu hermana, y entonces podremos entrar y celebrar juntos la fiesta".



CANTO

LA VOZ DEL PADRE (Tierra de bendición)

¡Hijo, mío, tanto tiempo! ¡Cuánta espera!
Tú, sin rumbo; yo, con pena. Tú, tan lejos; yo, tan cerca.
Tú, sin padre; yo, a tu vera.
Cuántas noches paso enteras encendiendo las estrellas,
oteando las fronteras, por si viene, por si llega,
de repente, tu silueta.

**PARA TI ESTÁ ABIERTA SIEMPRE NUESTRA PUERTA.
HIJO MÍO, PASA Y ENTRA.
PARA TI ESTÁ SIEMPRE ABIERTO EL CORAZÓN.
HIJO MÍO, SOY AMOR.**

Hijo mío, si supieras mi manera de quererte,
si aprendieras que te quiero.



Tú no sabes, ni sospechas, la grandeza de mi amor.
 Te amo tanto, tan de veras, que es mi orgullo tu presencia.
 De mi casa, tú, la prenda. De mis ojos, sol y perla.
 ¡No te vayas! Ven más cerca!
 Tengo todo si te quedas, con que estés tú ya de vuelta,
 con que estés y yo te vea, con que entres y te tenga.
 ¡Hijo amado, mi perfecta complacencia!

PARA TI ESTÁ ABIERTA...
PARA TI ESTÁ SIEMPRE ABIERTO EL CORAZÓN.
HIJO MÍO, HIJO MÍO, SOY TU DIOS.



MEDITACIÓN

Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo.

¿Soy de ese grupo de personas necesitadas que se acercan a Jesús a escucharle?
 ¿Con qué actitud me acerco a escuchar a Jesús?

Los fariseos y los escribas murmuraban...

¿Soy de los que murmuran a espaldas de los demás? ¿Qué me lleva a hacer eso?
 ¿Qué medios tendría que poner para dejar de hacerlo?

Padre, dame la parte que me toca de la fortuna.

Al pedir la herencia, en vida, al padre, ya le estaba diciendo, para mí estás muerto. ¿En qué situaciones he roto con el Señor? ¿Qué me ha llevado a hacerlo?
 ¿Cómo he vivido esas experiencias?

...el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

¿Reconozco los dones que Dios me ha regalado? Ponlos en este momento ante ti.
 ¿Alguna vez he malgastado esos dones guardándolos para mí, no poniéndolos al servicio de los demás o haciendo mal uso de ellos?

... y empezó él a pasar necesidad.

¿Cuáles son mis mayores necesidades? Cuando busco a Dios ¿qué pongo delante de Él? ¿Cuáles son mis heridas “no curadas” que tengo que presentar al Señor?
 ¿Qué desea mi corazón?

Recapitando entonces, se dijo...

En presencia del Señor pon ante Él todo lo que te pesa, todo lo que te carga, todos tus pecados.

Se levantó y vino adonde estaba su padre.

¿Estás dispuesto a empezar ahora mismo a levantarte y emprender el camino de vuelta a la casa del Padre? ¿Cómo lo vas a hacer? ¿Qué medios vas a utilizar?
 ¿Quién te puede acompañar?

...su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó a cuello y lo cubrió de besos.

¿Cómo estoy experimentando el amor y la misericordia del Padre? ¿Me dejó abrazar, perdonar por Él? ¿Tengo experiencia profunda de su cercanía? ¿Tengo experiencia de un Dios así? ¿Cómo tengo que ser “Misericordia” para los demás? ¿Quiénes son las personas y las situaciones que esperan hoy nuestra “salida”? ¿Cómo traduciríamos en gestos actuales el “correr”, “abrazar”, “besar”...?

Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.

¿Cómo está siendo tu experiencia de confesión sacramental? ¿Lo realizas con asiduidad? ¿Qué dificultades tengo para recibir el sacramento de la penitencia? ¿Cómo puedo afrontarlas?

Y empezaron a celebrar el banquete.

Mi experiencia de encuentro con el Señor ¿es una auténtica fiesta? ¿Lo vivo con gozo? ¿Celebro con intensidad y alegría el banquete eucarístico dominical? ¿Qué pasos tengo que seguir dando para vivirlo con mayor profundidad y gozo?

El padre dijo a sus criados: sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela... uno de los criados dijo: ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado...

Dos tipos de mediación: aquellos que facilitan el encuentro o aquellos que levantan muros y generan “prejuicios”. ¿Dónde me sitúo yo?

Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo.

¿En algún momento me he negado a recibir la misericordia del Señor o he puesto dificultades? ¿Cómo he llegado a vencer esa situación? ¿A quién tengo que “persuadir” para facilitarle un encuentro con el Señor? ¿Cómo lo hago? ¿Qué pasos tendría que dar para hacerlo con más personas y de una mejor manera?

Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido...

¿Soy consciente, en todo momento, de la presencia de Dios en mi vida? ¿Qué cosas pueden impedir que así sea? ¿Cuáles son los grandes motivos que tengo para alegrarme? ¿Qué cosas descubro que Dios está haciendo en mí? ¿Qué experiencia tengo de hacer míos los gozos, las fatigas, las ilusiones y desesperanzas de los demás? ¿Me alegro, constantemente, del bien de los demás, de “mis hermanos”? Y si no es así ¿a qué se debe? ¿Cómo crecer en esta dimensión?

¡SU PERDÓN ES NUESTRA ESPERANZA!



ORACIÓN

En este momento, tras haber escuchado la Palabra de Dios, habla tú ahora a Él con confianza como un hijo o una hija con su padre y su madre. Reconoce su presencia en tu vida, dale gracias, cuéntale eso que te carga, pídele la ayuda y la luz necesaria. Con esperanza pídele al Padre su misericordia para ti y para toda la humanidad.

Después de unos momentos personales podéis compartir la oración, pidiendo o dando gracias a Dios.



COMPROMISO

¿Qué compromisos concretos puedo sacar de esta oración para llevarlos a la vida?



ORACIÓN FINAL

Terminamos rezando todos juntos la **Oración del Jubileo**:

Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada esperanza
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz
de nuestro Redentor.
A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén.